

“Y la Palabra llegó a ser carne” Jn 1,14ª

En la noche oscura. Vino a los suyos: y los suyos no la recibieron.
Precisamente entonces: en la ingratitud, en el rechazo, en la intemperie.
Vino y se acercó para abrazarnos a todos: y a todo en la verdad de su gracia.

La comunión.

La Palabra. Misterio abismal del corazón del Padre, Hijo único.
El Hijo del mor, el Amado. La vida de su vida. Su entraña.
Beneplácito y latido. En el Único, nos dio y nos dijo todo.

La carne. El hombre, toda la humanidad, todo el universo,
todos los siglos. El hombre primero, persona corporativa.
encabezando el cuerpo de su familia, su hogar y su senda.

El abrazo. Al verlos despojados y abatidos, agobiados
y sobre cargados, se le conmovieron las entrañas. Es el Hijo
de las entrañas, la entraña del Padre. Vuelto a su seno.

Vuelto a nosotros, nos abraza con el mismo abrazo
con el que el Padre le abrazó a Él. Todo lo mío es
vuestro y lo vuestro mío.

Vosotros en mí y yo en vosotros. Vosotros conmigo
y yo con vosotros. Vosotros desde mí y yo desde vosotros.

Aquí estoy, por vosotros. Y les allegó a su seno
compartiéndoles su mismo Espíritu. Abrazo irrastrable
Un solo Espíritu con Él. Uno y el mismo.

El intercambio.

Llegó a ser esta carne nuestra, carne frágil.
Este barro alentado, imagen suya en finitud, en temporalidad.
Ahora el Hijo eterno, engendrado antes del tiempo, llega
a ser tiempo, delimitado, historicidad e historia, camino
¡El Hijo “envuelto en pañales”!

Llegó a ser esta carne nuestra, carne herida.
Este barro, herido desde dentro y desde fuera, llanto desconsolado.
Ahora el Hijo poderosos, invulnerable, llega a ser debilidad
vulnerable, llagada, estremecida, expuesta al riesgo último.
¡El Hijo “recostado en el pesebre”!

Llegó a ser carne nuestra, carne manchada.
El único libre que podía cargarse con la culpa y la muerte,
que podía abrazar la desobediencia, la opresión, la ingratitud
endurecida para sobre-desbordar la Gracia en su anonadamiento.
¡El Hijo “hecho pecado por nosotros”!

La tienda.

Él mismo es el lugar del encuentro, la tienda, la morada.

El "yo soy". Enmanuel. En el abrazo de la "travesía entera".

Verdad de la gracia. Hijo único- desde- el- Padre, gloria suya.

Él mismo, en su costado abierto, nos hace ser cuerpo suyo.

Morada donde mora con nosotros y nos acoge.

Y le vemos a la cabecera de la mesa. La gloria amaneciente,

en su rostro mismo, y mesa ancha, sus manos heridas.

"Mi carne por la vida del mundo". La gratuidad en la

ultimidad. El último para ser de todos, en el corazón de la tierra.

Morada donde nos acoge y acompaña.

La plenitud de la gracia, el que viene detrás y pasa

delante, enciende el fuego en su pequeña tienda,

germen y senda de la verdad de la gracia. Para

llevar a toda la humanidad y a todo el universo a la plenitud.

De gracia en gracia. Gracia sobre la gracia.

¡Hijo des-entrañado, abajado y levantado!

¡Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo!

Magnificat. Ecce. Fiat. Magnificat.

A Tomás y José Vicente, nuestros hermanos, la gracia y la paz del Señor.

De nuevo Kawenda, al volver de África por la ruta de la plata, se detuvo en Torrejón. Nos tría el regalo del Rostro y la Palabra del HIJO AMADO, aparecido en el pesebre. Y unos apuntes para el cántico nuevo, que había escuchado de labios de la Madre de la Misericordia. Por mi parte le pregunté ¿qué hemos de hacer ante este Amor tan des-medido? El me insistió, "contempladle y quedaréis radiantes". ¿Quién podrá arrancarnos del amor de Cristo? Él es nuestra única suficiencia, nuestra entera bien-aventuranza. Paz y gozo. Marcelino

Nota.- El remite del sobre donde viene la carta dice:

Kawenda. Paje de Baltasar. Catequista en Sautare. Angola. AFRICA del SUR

09-01-03